

El Administrador diocesano de Osma-Soria

Memoria del beato Juan de Palafox y Mendoza

Catedral

El Burgo de Osma, 6 de octubre de 2025

Queridos hermanos:

Hoy la Iglesia nos invita a dar gracias a Dios por la figura del beato Juan de Palafox y Mendoza, obispo, pastor fiel y testigo luminoso del Evangelio. Celebramos su memoria no como quien mira una reliquia del pasado, sino como quien se reconoce acompañado y alentado por un hermano mayor en la fe, que sigue intercediendo por nosotros y mostrándonos un camino de fidelidad al Señor.

Palafox nació en Fitero, Navarra, en 1600 y, como tantos otros santos, no fue desde niño un modelo de virtudes. Vivió una juventud con errores y vanidades, hasta que la gracia de Dios lo alcanzó y le cambió el corazón. Esa experiencia de conversión marcó toda su vida: entendió que ser discípulo de Cristo significa dejarse transformar, ponerse en camino, aprender a vivir no para uno mismo, sino para el Señor y para los hermanos. Ordenado sacerdote, fue enviado como obispo a Puebla de los Ángeles, en México, donde desplegó un trabajo impresionante por su entrega, su cercanía y su amor a la justicia. También le tocó asumir tareas de gobierno civil, y allí mostró que es posible servir con rectitud, buscando siempre el bien del pueblo antes que los intereses personales.¹

Más tarde, en 1654, tomó posesión del obispado de Osma, donde entregó los últimos años de su vida. Murió en El Burgo de Osma el 1 de octubre de 1659, en pobreza evangélica, dejando tras de sí el recuerdo de un pastor que se gastó por entero. El cabildo lo enterró “de limosna”, porque había muerto sin bienes, después de haberlo dado todo. Y precisamente por eso su recuerdo perdura: porque se cumplió en él la promesa del salmo que hoy hemos repetido con fe: “*El justo jamás vacilará, su recuerdo será perpetuo*”.

Para nosotros, esta celebración tiene un significado aún más profundo. Aquí, en esta misma capilla, descansan sus restos, en la catedral que él amó y donde sirvió como pastor fiel. Desde este mismo lugar en el que vivió, oró, predicó y murió, su figura sigue hablándonos al corazón. Y fue precisamente aquí donde la Iglesia, siglos después, reconoció oficialmente la santidad de su vida al proclamarlo beato. En este templo, que guarda su sepulcro, su

El Administrador diocesano de Osma-Soria

presencia sigue siendo una llamada silenciosa y constante a la fidelidad, al servicio y a la santidad.

Las lecturas de la liturgia nos ayudan a penetrar en el corazón de este hombre de Dios. En la primera carta a los Tesalonicenses, san Pablo describe cómo debe ser el anuncio del Evangelio: no buscando intereses propios ni honores humanos, sino con sinceridad, con entrega, con un amor tan grande que lleva a compartir no sólo la Palabra de Dios, sino también la propia vida. ¿No es esta una descripción perfecta de lo que fue el ministerio del beato Palafox? Un obispo que predicó sin miedo, que gobernó con rectitud, que se entregó con ternura y fortaleza a su pueblo, que cuidó de sus sacerdotes y de sus fieles como un padre cuida de sus hijos.

El Evangelio nos ha recordado las palabras de Jesús: “*Permaneced en mi amor*”. Esa fue la fuente de la fecundidad del beato Palafox. Permaneció en el amor de Cristo. En medio de tareas de gobierno complicadas, en medio de incomprendiciones, en medio de luchas internas y externas, nunca dejó de apoyarse en ese amor más grande que sostiene y da sentido a todo. Permanecer en el amor de Cristo le hizo fuerte, le hizo libre, le hizo capaz de gastar la vida hasta el final. Y de ese amor brotó todo lo demás: su pasión por la justicia, su dedicación a los pobres, su impulso a la educación y a la cultura, su fidelidad a la Iglesia, su austerdad personal.

2

Hermanos, celebrar hoy a este beato obispo es una llamada también para nosotros. Porque no se trata de admirar a un personaje de otros tiempos, sino de dejarnos interpelar por su ejemplo. Él nos recuerda que la santidad no es un ideal lejano, sino un camino concreto y posible, hecho de fidelidad diaria, de amor sincero, de servicio humilde. Nos recuerda que la Iglesia necesita pastores y laicos con corazón grande, que no busquen honores ni privilegios, sino que se entreguen por amor al Señor y a los hermanos. Nos recuerda que no se puede anunciar el Evangelio sin compartir la vida, sin tocar la pobreza del otro, sin abrirse al dolor de los más débiles.

Y su mensaje sigue siendo actual. En un mundo marcado por la búsqueda de poder, de riqueza y de éxito, Palafox nos grita con su vida que sólo Cristo basta, que la verdadera grandeza está en permanecer en su amor y en servir con generosidad. En una sociedad que corre el riesgo de olvidar a los últimos, él nos señala que el rostro de Cristo se encuentra en los pobres, en los que no cuentan. En una Iglesia llamada hoy a la conversión pastoral y a ser más

El Administrador diocesano de Osma-Soria

misionera, su ejemplo nos anima a anunciar el Evangelio con audacia, con transparencia y con alegría.

Hermanos, al acercarnos ahora al altar, lo hacemos sabiendo que aquí está la fuente de toda santidad y de toda entrega. En cada Eucaristía, Cristo vuelve a darse por nosotros, como hizo el beato Juan de Palafox durante toda su vida. Aquí encontró él la fuerza para servir, la luz para discernir y el consuelo para seguir adelante en medio de las pruebas.

También nosotros venimos a esta mesa para dejarnos renovar por el mismo amor. Que el Cuerpo y la Sangre del Señor nos enciendan en el deseo de vivir con la misma fidelidad, de servir con el mismo ardor, de amar con el mismo corazón. Y que, unidos al beato Palafox, cuya memoria sigue viva entre nosotros, sepamos ser testigos alegres del Evangelio. Que su ejemplo nos impulse a permanecer siempre en el amor de Cristo, y que un día podamos compartir con él la alegría sin fin en el Reino de los cielos. Amén.

*Gabriel-Ángel Rodríguez Millán
Administrador diocesano, s.v.*

3